

Hipótesis políticas

1. Militancias en la implosión

Mientras gran parte de la energía militante se distribuye —y se *ocupa*— en las expectativas ligadas al estallido que siempre “se viene”, en los calendarios electorales, en las reflexiones sobre “la crisis política” que se profundiza, en auscultar con asombro —y en algunos casos, profundo desconocimiento— las vidas populares que soportan la inflación “y no la pudren”; mientras se hacen mapas y se encargan diagnósticos apurados para saber “en qué andan los territorios” pensando en las interpelaciones partidarias, *las implosiones sociales* llegaron hace rato y no paran de crecer en intensidad y densidad.

Barrios ajustados y ‘picantes’, pibes y pibas sub-20 con el tanque de la moto sin combustible, el celular sin carga y sin dinero para la ropa o para la peluquería, laburantes con menos changa, más deudas y más tiempo muerto obligado pesando sobre el cuerpo... y aumenta la gaseosa, la cerveza y la leche —estos no son los noventa—, y aumentan las drogas y se hacen más esporádicas “las salidas” y los esparcimientos, y los comedores y las escuelas están rebalsadas y detonadas... Barrios ajustados, rejuntados y estresados en los cuales todas las implosiones que ‘antes’ acontecían dispersándose por diferentes zonas de la geografía urbana y suburbana ahora lo hacen en cada vez menos metros cuadrados: *todo parece pudrirse cada vez más acá*; y esto incluye disputas cuerpo a cuerpo, violencias en los interiores estallados, entre vecinos y vecinas, incluso cuerpo adentro (los órganos se ajustan y también implosionan: estómagos destrozados, adicciones y depresiones que sin redes económicas son pequeñas muertes: el macrismo además de arruinar formas de vida, es *arruina vidas* biológicas).

Todo se rompe y estalla hacia un adentro cada vez más espeso e insondable. Implosiones —en muchos casos— huérfanas de imágenes políticas y regaladas involuntariamente al *gorrudismo* ambiente, al securitismo, al realismo sórdido de la derecha y su eficiente gestión cotidiana de la intranquilidad y del *terror anímico* que la precariedad provoca y que, sumado al brutal terror económico conectan realismos vecinales y sociales que piensan en términos de defensa social, de guerras a escala barrial, de clausuras de las vidas puertas adentro (una imagen de este doble terror son las brutales aumentos en las tarifas de luz o gas que revientan las economías domésticas).

Muchos de los vectores sociales sobre los que se realizan pequeñas apuestas al *estallido* ya están ‘quemados’. ¿Cómo pensar y alimentar una militancia *en* la implosión? Hay un ojo acostumbrado a mirar únicamente lo que se muestra como ‘conflicto social’: la movilización callejera que enfrenta al Palacio, los cortes de calle y la toma de edificios, los enfrentamientos cuerpo a cuerpo con las fuerzas de seguridad, etc. Durante estos largos años de macrismo, la sociedad argentina mostró la buena salud de un históricamente robusto músculo militante, pero parece no ser suficiente si no se puede conectar y ampliar esa militancia del estallido social a la *militancia de las implosiones*: una militancia recargada que logre moverse en ambos planos y que vaya más allá de las escenas públicas masivas y evidentes; una militancia que no espere que lo que viene implosionando simplemente ‘estalle hacia fuera’ y en las coordenadas y mapas que el discurso político previamente le asignó. Hay que trabajar *sobre* y *en* esas implosiones; son imprevisibles, amorales, violentas, no-históricas... percibir las y conectar con ellas requiere de un trabajo de verdadera artesanía política. Artesanía y militancia que sostenga la *presencia* y ‘los espacios’ en los interiores implosionados —no sólo hogares, familias o barrios, también grupos de amigos y amigas, espacios comunitarios de todo tipo, etc.—; una militancia que trabaje ‘del lado de adentro’ de los cierres, que piense en los bajones anímicos y en los momentos de repliegue solitario, que se mueva como pez en el agua entre las fuerzas *silvestres* que siempre parecen quedar más allá de la “organización política”.

Militancia en la implosión es el armado de redes en medio de la precariedad, de apuestas por *rejuntas* que conjuren el terror anímico, espacios que vayan más allá del *gueto* de clones.

Una ‘militancia’ que convoque a todas las fuerzas silvestres que circulan sueltas por la sociedad *gorruda*. El rumor cada vez más audible de esas fuerzas caóticas no puede “aislarse”: para esas fuerzas

no hay “antídoto” posible y eso el Palacio lo sabe. Sería deseable que también lo aprendamos nosotros; caso contrario, la recesión seguirá siendo también vital.

2. Inflación y terror anímico

La sociedad argentina no soporta los ajustes y se moviliza ante cada gran crisis económica. O los banca demasiado refugiándose y poniéndole al mal tiempo cara de orto. O la mastica y los ‘digiere’ vía *implosiones* y engorramiento feroz. Implosión es crisis que estalla para el lado de *acá*; replegada y ajustada en un interiorismo cada vez más recargado y asfixiante. Gobernar las implosiones sociales es entonces gestionar la crisis privatizándola.

El sufrimiento social y ‘popular’ que provoca el aumento de precios y tarifas es inversamente proporcional a la atención que históricamente se le dio a la inflación en el progresismo ‘dolarizado’. Los mismos que se la pasaron haciendo psicología berreta sobre los y las pobres y su relación con el consumo, más preocupados por el goce excesivo y sus efectos que por la falta de dinero y la capacidad de financiar un día cualquiera en la *sociedad ajustada*; muchos fruncen (o fruncían) el ceño frente a los pibes con altas yantas y ropa deportiva, pero no si tienen la SUBE vacía y quedan atascados en el barrio –y en la posibilidad existencial– de origen.

La inflación mutila hábitos vitales y el ajuste revienta, por implosión, formas de vida. Pero también la inflación se conecta con el *terror anímico* –al que intensifica y recarga–, que no suele distribuirse de manera igualitaria en una sociedad precaria y en plena crisis económica. Ciertas vidas, cuando las toma ese *terror*, quedan expuestas al abismo de la precariedad; el terror anímico no es por eso pánico moral ni rechazo cultural o ideológico a un ‘gobierno de derecha’: es amenaza concreta de que las frágiles redes sociales, familiares, barriales y económicas de las que se depende pueden ceder y arrojarte al precipicio.

Tardes de ociosidad forzada y caldeada nos muestran el rejunte involuntario y no deseado en los barrios ajustados. Vecinos treintañeros o cuarentones ‘sin trabajo’ (pero no ‘desocupados’ ni mucho menos ‘desendeudados’: los cientos de pequeños y grandes quilombos que se acumulan cada día traccionan demasiada energía psíquica y física); vecinos más veteranos que tienen agrios anticuerpos subjetivos (por la fatal memoria del recurrente trauma económico argentino); doñas que bancan el hogar con poca plata y dan una mano en el comedor (hoy en día todo deviene comedor o *ring* de boxeo: una escuela, una sede de programa social, un centro comunitario... todo deviene un lugar para morfar y también un lugar para pelear); vecinas asustadas y refugiadas; ‘transas’ que también son ‘prestamistas’; militantes que no se quemaron y siguen caminando por ahí; policías de todos los colores; vecinos ‘justicieros’ y pibes *terribles*; alguna trabajadora social con abrumador cariño gorrudo para dar; pibas que se quedan en la casa con los hermanitos o están en las paradas de bondi yéndose del barrio para sostener alguna changuita (el barrio es siempre lugar de paso para la mayoría de ellas); la vagancia que estaba en el barrio *desde siempre*, pero que ahora está más inquieta y padece en silencio o bardea y se bajonea o está en banda y espera... (con poca guita para el escabio, las drogas, la gaseosa, la tarjeta del celular, para hacer unos viajes por ahí en el bondi o en el tren, para ponerse bonitos en la barbería o comprar unas ropas que se puedan estrenar en el *feisbuk*).

Inflación mas rejunte es depresión y también desesperación.

Aún en un contexto de congelamiento de la economía y brutal ajuste, el macrismo operó constantemente reemplazando dinero en el bolsillo por *gorrudismo* en el corazón: la verdadera *cláusula gatillo* de estos años parece haber sido la licencia para ejercer el micro-verdugueo y aplicar jerarquías sobre los cuerpos que cargan con el odio social (las ‘mantenidas del plan’, los *pibes silvestres*, vendedores ambulantes, laburantes precarios...). La inflación a la que no se le ganó con las ‘paritarias callejeras’ y las movilizaciones tuvo una compensación en un salario ‘anímico’ que deja hacer –y descargar– a las fuerzas más oscuras que circulan por nuestra sociedad.

3. Nuevos y viejos odios

“¿A quiénes estoy gobernando? ¿En qué fallamos? ¿Qué es lo que no vimos? ¿Fuimos ingenuos?”, se preguntaba Cristina en *Sinceramente*.¹ Cristina registró los odios y pareció intuir que en ese terreno afectivo y material (en esa *economía libidinal*) se disputaba mucho de la gobernabilidad contemporánea. Juntó en un párrafo los tags con que la ‘vieja’ derecha histórica argentina la incorporó a su museo de cuerpos odiables e intolerables: “Cristina Montonera”, “revanchista”, “resentida”, “mentirosa”, “atea y grasa”, “fuera Kretina”, “andate Konchuda”, “muerte a los K”, “Néstor llévate a Cristina”, etc. Una intuición dictada entonces por la memoria sensible de un cuerpo ubicado en el centro de las fuerzas odiantes. Cristina registró lúcidamente los ‘dispositivos de odio’ y las operatorias de las máquinas mediáticas. Pero los ‘clásicos’ odios que sobrevuelan a las sociedades mediatizadas (y que fueron el motor libidinal de un gobierno revanchista y clasista a la ‘55), se entrelazaron (de modo más o menos contingente) con los *nuevos odios*, que responden más a realidades sensibles y a la precariedad de fondo que a ideologías de clase.

Son evidentes los odios históricos de las clases dominantes que aparecieron y se vigorizaron durante el kirchnerismo (así como ‘históricamente’ odiaron al peronismo, a ‘los negros’ y a ‘los extranjeros’, odiarán la asignación universal, la creación de Tecnópolis o el programa Conectar Igualdad en las secundarias), pero no los *nuevos odios*. Esos propios de las guerras horizontales de cada día que la paja de quienes hacen *sociología a distancia* denomina ‘pobres contra pobres’.

Percibir y cartografiar los *nuevos odios* es leer la precariedad como subsuelo de una época que permanentemente te recuerda que te podés fragilizar, que se puede desarmar tu mundo, que se puede ‘pudrir’ tu barrio, que puede *implosionar* tu casa y todos los espacios sociales que transitás, que es un quilombo el laburo y la ciudad, que no hay a mano muchos broches para colgarse de ella y que hay que cargarla en toda su desnudez...

Nuevos odios que combustionan en los barrios ajustados y ‘picanteados’. Nuevos odios que también empoderan a los jefes y a los empleadores y que incluso tienen sus referentes y hasta sus candidatos (el carnicero ‘justiciero’ que fue candidato a concejal en Zárate).

¿Cómo no percibir las implicancias políticas de ese susurro –y por momentos grito– permanente a nivel sensible y al nivel de los hábitos cotidianos?

Percibir los nuevos odios es meterse con las formas de vida y con las guerras sociales actuales; es relevar sus muertes, sus violencias, las jerarquías que se establecen, así como también las invenciones y las resistencias. Se trata de registrar cómo se soporta hoy el trabajo precarizado o la falta de changas o la desocupación, pero también los quilombos familiares, la necesidad de consumo y el endeudamiento, la violencia barrial, el desprestigio social, los malestares corporales gratuitos, el viaje hacinado en trenes y bondis, etc. Los *nuevos odios* –incubados en el campo de batalla de la precariedad– parten de vidas heridas que no pueden ser leídas solo desde las nociones de falsa conciencia, manipulación mediática, zonceras y *fake news*. Mucho menos como gestos de derechización ‘ideológicos’.

¹ Una lectura no celebratoria de *Sinceramente* encuentra pliegues en los que nos podemos invitar a investigar; se pueden leer preguntas y perplejidades que hay que desviar de las respuestas fáciles que, sin ser ‘falsas’, explicaron la derrota electoral de 2015 y el ‘giro a la derecha’ sin percibir las derrotas sensibles y afectivas que la precedieron; lecturas que piensan en términos de una sociedad ‘suicida’ que vota a una derecha brutal (disparándose en el órgano más sensible: el bolsillo) o que es víctima de la manipulación mediática y del “marketing político caza-bobos”.

Pero esas mismas respuestas de guion tampoco convencieron del todo a la propia Cristina; hay que “comprender la sociedad”, dice en el libro, hay que *saber*. Ni explicar –“me cansé de explicar”, sostiene en varios pasajes– ni convencer, ni *switchear* de manera automática del derrotismo –“esto es una batalla perdida”– al triunfalismo bobo del “ya ganamos”. Por el contrario: investigación viva y permanente –y militancia astuta– de las mutaciones territoriales y subjetivas de estos largos años, de las sensibilidades sociales sobre las que ‘caen’ los discursos políticos, las operaciones mediáticas y las gestiones estatales; de las *resistencias* que ‘nacieron en los márgenes de la década ganada –en sus cegueras políticas, en reacción a sus políticas erradas–; de las fuerzas sociales que quedaron como buena herencia subjetiva de esos años de consumo popular, precariedad, agite público y engorramiento más o menos privado. Una investigación y mapeo también de las insistencias y los agites que durante estos largos años de macrismo se supieron sostener e inventar.

Si los odios históricos –que Cristina leyó y conectó con el atrevimiento y la insolencia, con el revanchismo feroz hacia muchas de las medidas y gestos del kirchnerismo– se pueden comprender como la continuidad del '55 (incluso antes y después, con integrantes de 'las mismas familias'), los odios de la precariedad parecen quedar en un fuera de foco que lleva a la mudez y la perplejidad. Pero de ciertos silencios de Cristina y también de esas mismas perplejidades es que se desprende una diferencia central: la escena que citó en uno de los actos-presentación del libro, en la cual una empleada doméstica en blanco 'odia' a una vecina de su cuadra que es beneficiaria de la Asignación Universal (subsidiadas versus 'mantenidas'), deja entrever que a los odios históricos solo queda enfrentarlos, pero a los nuevos odios hay que investigarlos y comprenderlos.

Si el macrismo tuvo un plano de 'eficacia' –el 40% y las plazas del odio que lo despidieron lo demuestran–, fue en la conexión con esos nuevos odios y en la convocatoria a movilizarse: en cada barrio contra los "mantenidos", contra las pibas que desafían mandatos sociales y culturales, contra los pibes que están ATR o hasta incluso contra laburantes (a priori para nada desafiantes de las formas de vida 'oficiales'). El macrismo es una *alianza de clase* que fundió *fuerzas anti* de origen popular con las fuerzas anti tradicionales del país –de las clases propietarias y empresariales–. Ese encuentro es el que recargó el revanchismo, lo extendió y masificó a la vez que lo volvió más capilar.

En Argentina las *fuerzas anti* tienen una historia densa y sangrienta. Las élites tradicionales han desatado de manera recurrente carnavales negros de odio y muerte: saben cómo odiar; tuvieron siempre las "técnicas" para administrar esas pasiones y usarlas de combustible para alimentar –y aceitar– las máquinas letales ante cada sacudón o agite social, cultural, político –de mayor o menor magnitud– que se desatara alocado en el aire... Pero en esas situaciones históricas había una disputa libidinal y afectiva por la apropiación de esos odios sociales.

Endeudamiento externo y engorramiento interno son entonces las dos dimensiones de la pesada herencia de Cambiemos. La segunda es la que tiene menos atención política. Hay una experiencia y una jurisprudencia de esta *alianza de odios* y una fuerte cohesión social de *ejércitos anti-todo* que durante estos años de macrismo acumularon y capitalizaron intensidades oscuras. Pesada herencia que se juega en los ánimos sociales y en las subjetividades antis que cuentan con redes y solidaridades 'espontáneas' en las calles, en los transportes, en los barrios, en los trabajos y en los hogares. El *gorrudismo* –con años de 'respaldo y recarga estatal'– tiene más fuerza social que 'los nuevos derechos' (y por supuesto que las batallas culturales y el sentido común progre) y sobre todo, está más robustecido y empoderado que lo que la década ganada dejó, incluso más allá de lo que el propio kirchnerismo pudo pensar, empoderamiento social y 'resistencias sueltas'. Luego de varios años de Palacio y 'fierros estatales y mediáticos' quedó demostrado que el revanchismo y las fuerzas anti pueden ser 'destituyentes', pero también imponer una 'agenda de gobierno' que opere en la cotidianeidad precaria articulando afectos tristes y deseos sociales oscuros.

4. Mayorías cansadas

La *vida mula* no depende exclusivamente del trabajo y el consumo: estos años de ajuste demostraron que con menos o sin trabajo, con consumo enfriado, deudas y recesión, la *vida mula* sigue funcionando: re-sentida, pero cada vez más acelerada, sigue siendo el modo de *integración social* –o rejunte social– contemporáneo. Siempre se trató de una categoría política, más que sociológica o económica o una descripción del mundo y la subjetividad laboral (o poslaboral).

Uno de los rasgos centrales de la *vida mula ajustada* (y re-sentida) es el *cansancio*. *Mayorías cansadas* por la intensificación de la movilización de la vida y la belicosidad del entramado cotidiano; por la 'picantez' de los barrios, por la implosión social, el aumento de las gestiones diarias y los desbordes que detonan cuerpos y rejuntos; por *sostener* una vida –ánimica y materialmente– sin dejar ningún elemento librado al azar. Por administrar entradas de dinero de varios lados: trabajo, changas, subsidios, préstamos. Por lidiar con la necesidad de mantener un umbral de consumo empobrecido y de 'emergencia' (casi todo comida, servicios, transporte público, casi nada en ropa y en celulares), junto con la educación de los pibes y las pibas en la escuela. Por bancar deudas –de financistas y de familiares– y,

sobre todo, por sostener un *trabajo doméstico* en los interiores estallados: de su tiempo caótico, de los quilombos afectivos, de las violencias exteriores que se pliegan en los cuerpos cansados cuando atraviesan la puerta. Que haya que *administrarlo* todo, que haya que *ganarlo* todo, que haya que *protegerlo* todo cotidianamente con 'alma (*gorruda*) y vida', que nada esté garantizado y que todo amenace con *salirse de control*, hace que la *vida mula* no sea jamás homogénea ni igualitaria.

Mayorías cansadas por laburos cada vez más precarizados –más en riesgo, más campo de batalla–, por la desocupación que deviene ociosidad forzada, pero no 'tiempo libre' –regalada al tiempo muerto espeso puertas adentro de los hogares, a la cabeza maquinando y quemando el cuerpo, a los choques con los vecinos y las vecinas en el barrio–. Falta de trabajo que más que desocupación es *sobreocupación* de un tiempo social que sigue implosionando en los cuerpos sobreendeudados y ajustados que luchan por mantenerse a flote y llegar al final de la jornada. Por intentar también conjurar algo de ese terror anímico que muerde y hace que se pierda la poca energía disponible que resta luego de transitar por los circuitos sociales de agotamiento permanente.

Las mayorías cansadas son también un entramado de hábitos y afectos, de modos de vivir, sentir y gestionar la precariedad ambiente. Con cada vez menos redes en donde recostarse y bajar(se) del enloquecido *loop* de la *vida mula* re-sentida, ven sus *vidas desorganizadas*. Una vida desorganizada es una vida expuesta a la aceleración y a la caotización de vectores sociales sobrecargados y siempre ya implosionados que te hacen padecer un brutal e incontrolable terror anímico. Mayorías cansadas también por exigirle cada vez más a un *motor social* –instituciones, prácticas, normas– que se fundió. Una vida desorganizada es una vida sobre la que se 'ajustan' –o se mutilan– redes imprescindibles para la subsistencia vital y social y para conjurar la precariedad totalitaria: trabajos, dinero, subsidios, 'derechos'. Vidas intranquilas y desesperadas: esa tonalidad afectiva es la que se percibe en la serie de gestiones cotidianas que entristecen y extenuan al cuerpo. Desde la gestión de una cena o un almuerzo con poca plata y mucha hambre –la inflación de los precios de alimentos somete a una incertidumbre cruel y a una fatiga constante por recorrer comercios y buscar ofertas o engordar las deudas con el almacén que aún fía–, hasta el golpe anímico que implica recibir la factura de luz o gas. Vidas extenuadas por los micro-robos de los pibes sin calma –"ahora se roba para comer y para repartir unos pesos a tu mamá y a la mamá de tus hijos y no para *romperte* unas buenas remeras y zapatillas o salir a joder"–, robos solitarios, desesperados, crueles que también intensifican las guerras barriales y sociales: pibes *jugados* y nerviosos –tomados sensiblemente por el *vale todo*– y enfrente 'justicieros' enfierrados dispuestos a 'ponerle el cuerpo' a la inseguridad. Quizás, además de 'con el bolsillo', se haya votado desde ese estado de cansancio e intensidad oscura; desde esos afectos que el macrismo intensificó –y enloqueció aún más– con políticas que aumentaron las implosiones sociales silenciosas. Es probable que el ajuste feroz del macrismo haya implosionado también la geografía anímica de esas guerras cotidianas: las trincheras, las retaguardias; todo recoveco para respirar se obturó y reforzó la implosión cada vez más hacia acá. Depresiones, cuerpos reventados por dentro, roles sobrecargados con más exposición a lo social que implica bancarse y sostener cada vez más quilombos y violencias que se multiplican y llegan más densas a los interiores estallados, terrores anímicos que son más desestabilizadores por las deudas y la inflación.

5. Crisis e implosión

La *crisis* (y cada variación o amplificación de la misma, cada vuelta de tuerca que es un nuevo *shock* al ánimo y al bolsillo), vivida desde la precariedad, es una verdadera catástrofe; bomba (no tan) silenciosa que se encarniza sobre vidas, barrios, instituciones, rejuntes... que ya vienen implosionados, que 'no dan más'. Cuesta, desde aquí, evocar la crisis como apertura (imagen que sí ha funcionado en otros momentos históricos, donde había otras redes barriales, militantes, en los trabajos, en los desocupados, en la calle) o investirla de ánimos expectantes. El link con las crisis históricas (89, 2001, etc.) es más bien por su lado oscuro (oscuridad de la crisis que sí fue pensada y asimilada por los discursos del *orden*) y menos en su dimensión creativa. La mutación es material, bien concreta, pero también subjetiva (en términos de subjetividades sociales), y obliga a repensar el repertorio clásico a la hora de cartografiar coyunturas y expectativas políticas.

Durante estos años escuchamos las preguntas “¿por qué el pueblo no reacciona ante el ajuste?”, “¿cómo pudieron desde el gobierno hacer lo que hicieron?”; preguntas que están más encadenadas a un sistema de expectativas, a un cierto lenguaje anquilosado, pero sobre todo a un problema perceptivo. Aquél que no ve que la implosión social es una ‘conflictividad social’ ardiente y muchas veces huérfana de imágenes políticas, y que ‘sobrevivir’ hoy en día y mantenerse a flote en la precariedad implica ya una gran *movilización*, aunque de otro signo a las “esperadas”. Por eso la implosión social es el modo primordial de la conflictividad en la precariedad (y las inéditas estrategias para habitarla los modos de politización más apremiantes).

6. La insoportable quemazón de lo social

Los resultados electorales no modifican ese plano de *derechización vital* mayoritario de la sociedad – un modo en que se organizan los afectos en una época precaria–, pero sí dan un gran oxígeno a esas pequeñas y grandes disputas por conquistar y bancar otros *realismos* que también existen; dan fuerza para continuar agitando y disputando cotidianamente esa *derechización* existencial y alertan sobre la verdadera pelea que en esta *vuelta* no hay que perder de vista en el paisaje Político y estatal: ese fondo de precariedad que va marcando el tono y la densidad de la ‘conflictividad social’. Y si bien este acontecimiento electoral no es atribuible a ‘la calle’ o la ‘militancia’, sí da aire social y fuerza vital a todas las *insistencias*, a las vidas heridas que mantuvieron y mantienen abierta esa trampa cazadora de acero que es hoy en día ‘lo social’. Por eso la dicha no es cosa alegre y el alivio ante el cambio de escenario macropolítico nos lleva a intensificar las fuerzas reales que aguantaron estos años de ajuste y engorramiento y a afinar estrategias, redes y alianzas que no pueden no incluir lo estatal, segmentos del realismo barrial, insistencias sueltas y que en plena soledad política vienen militando en y desde la implosión.

Las elecciones también se ganaron por el voto de los *interiores*. No se trató solo de fallo o arreglos de los encuestadores: esa data sensible que devino fuerza que reventó las urnas no estaba ‘en la calle’. O si lo estaba, no era en las imágenes de la calle que habitualmente se manejan en los discursos políticos.

Lejos de la muerte o *el fin de lo social*, la gradual exposición a la precariedad totalitaria, la *vida mula*, las mayorías cansadas, muestran que lo social está ensanchado y recargado; lo social está más vivo que nunca. Lo social incluye hoy también a esos interiores implosionados y sus diferentes modos de rejunte y repliegue. Lo social hoy en día es más terreno de la implosión que de la invención: lo social es quilombo, caos, saturación, densidad: es esa materialidad que mencionamos con respecto a la vida mula aceitada. Si lo social es más estructuralmente padecimiento y garrón no hay lugar ni tiempo para la imaginación política: nadie tiene tiempo para ‘la política’ y una buena parte de la militancia ni siquiera se asoma a esas vidas heridas e implosionadas. Teniendo en cuenta este mapa, la apuesta a lo electoral fue y es central (como tantas veces en la historia de las vidas populares en nuestro país): un golpe electoral, un golpe de suerte electoral que abriera algo de eso social (que dé respiro) y que empoderara a quienes piensan otras formas de gobernar esos terrenos y a quienes concretamente vienen militando en y desde la implosión (en movidas barriales, instituciones-rejunte, organizaciones, militancia y agites sueltos)... Esa *excesiva vitalidad* de lo social la conocen los funcionarios, dirigencias y militancias pillas, y quienes están fatalmente tomados por esas brumas. Y es desde esas coordenadas (ambiguas, amorales) desde donde se disputan las aperturas. El *Aguante todo* es grito de guerra en y desde la precariedad totalitaria y desde las conflictividades sociales que allí se dan. A los *realismos* –de la sociedad ajustada– los terminan de clausurar (¿y fisurar?) los cuerpos cansados.

7. Aguante todo

Durante los últimos dos años del macrismo pensamos un enunciado político y vital que fue primero *grito íntimo* –arenga para lidiar con los ‘efectos personales y privados’ de *la gorra coronada*– y luego se pensó para el karaoke ‘público’: *Aguante todo*. Si el macrismo ataca en todos los frentes es imposible

pensarlo y “resistirlo” desde una única y conocida columna. El macrismo pareciera ser la suma de los odios históricos de la derecha tradicional y de los ‘nuevos odios’ de la derechización existencial en la precariedad. Una suma de todas las fuerzas *Anti-todo* a las que sólo cabe oponerle un *Aguante todo*: sacrificio, disciplina y ascetismo; fiesta, agite y geditismo; militantes de rostro serio y militantes de pura carcajada; cuerpos de pie y cuerpos acostados; vidas endeudadas y vidas sonadas; pibas a todo ritmo y doñas de vieja moral; economía popular, laburantes pillos y vagos inquietos. Que estén los ‘cuadros’ pero también las vidas heridas por el ajuste de guerra. Una ‘militancia’ que convoque a todas las fuerzas silvestres que circulan sueltas por la sociedad *gorruda*. El rumor cada vez más audible de esas fuerzas caóticas no puede ‘aislarse’: para esas fuerzas no hay ‘antídoto’ posible y eso todos los ocupantes del Palacio lo saben.

Evitando borrar la complejidad de los escenarios sociales y ‘ensanchándonos’, pensamos durante todos estos feroces años al macrismo desde estas conjunciones: ajuste, inflación y *precariedad totalitaria de fondo*; FMI, recesión y *endeudamiento en escala barrial y ‘personal’* y *en las vidas implosionadas*; protocolos para reprimir la protesta social y *nuevas economías de la violencia barrial* (que no son solo “potestad” de la policía); luz verde para la represión de las fuerzas de seguridad y *engorramiento vecinal*; despidos, verdugueo laboral y *vida mula*; terror financiero y *terror anímico*; gendarmería, policía local y *violencia entre banditas*; organización política y *agite permanente*; reuniones políticas a plena luz del sol y *encuentros y agites en plena noche*; investigaciones sobre las vidas de los otros e *investigaciones sobre la propia vida*. Una enumeración que más que describir siempre busca *unir y acoplar* agites y fuerzas de diversos tonos.

Ese *aguante todo* implicaba una oposición al macrismo (al *gorrudismo* amplificado y devenido Palacio) que se sacudía de encima las falsas opciones: ‘la calle o las elecciones’, ‘lo micro o lo macro’, ‘la economía o la política’, ‘la paz social o el quilombo’, ‘el estallido o la implosión’, etc. Más que una separación inofensiva organizada por esas ‘o’ que enfrían los continuos vitales sobre los que se agita, se milita, se piensa, se trata de una apuesta por alargar y poner en series las ‘y’ en las cuáles es inevitable encontrarnos, reforzarnos, recargarnos de nafta anímica y acumular ‘fuerza social y política’.